

1614
No. - 2

21

1614-7-2R

ESPAÑA Y MARRUECOS

AYER, HOY Y MAÑANA

CONFERENCIA

DE

Don Eduardo Caballero de Puga

Vocal de la Real Sociedad Geográfica
y de la Junta Central de la Liga Africanista Española

dada en el

Ateneo Científico, Artístico y Literario de Madrid

el 2 de Abril de 1921

□ □

ATENEO
BIBLIOTECA
DE MADRID

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

TELÉFONO NÚMERO 551

1921

ESPAÑA Y MARRUECOS

AYER, HOY Y MAÑANA

CONFERENCIA

DE

D. Eduardo Caballero de Puga

Vocal de la Real Sociedad Geográfica y de la Junta Central de la Liga
Africanista Española

DADA EN EL

ATENEEO CIENTÍFICO, ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID

EL DÍA 2 DE ABRIL DE 1921

□ □



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1921

ESPAÑA Y MARRUECOS

AL MUNICIPIO DE BARRANCO

COMPRUEBA

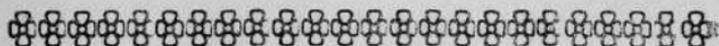
DE LOS CANTOS DE

ES PROPIEDAD

DE LOS CANTOS DE BARRANCO

DE LOS CANTOS DE BARRANCO

DE LOS CANTOS DE BARRANCO



SEÑORAS Y SEÑORES:

Declaro paladinamente que es para mí inmerecido honor ocupar la tribuna de esta docta Casa en su Sección de Ciencias Históricas. Pero la Real Sociedad Geográfica me designó para ello, y como obediencia es cortesía, conste que no por propios merecimientos, y sí porque obedezco, estoy aquí.

Os pido gracia si soy prolijo al refrescar vuestra memoria sobre multitud de hechos históricos; pero el pasado fué siempre la base del futuro, y al presente interesa mucho a España cimentar con toda solidez su tranquilidad del porvenir.

I

Antecedentes geológicos.

Para llegar a soluciones definitivas en los grandes problemas nacionales, suele ser el mejor procedimiento estudiar las causas desde su origen, siguiendo las enseñanzas de la Historia. Por eso, siquiera sea a grandes rasgos, debemos tomarla por base fundamental para deducir derechos, y si, empezando por la geología, por esa ciencia sublime que estudia en el gran libro de la Naturaleza las transformaciones del planeta en que vivimos, nos remontamos a impulsos de ella a miles de miles de años atrás, nos hallaremos con una superficie del mundo muy distinta a la que hoy existe, con continentes, con razas, con especies que pasaron para no volver y que en el eterno proceso de las evoluciones sísmicas se hundieron en los insondables abismos de la eternidad.

Sin ir tan lejos, en la Era secundaria de nuestro planeta, los continentes que al presente denominamos Europa y Africa estaban unidos por el montañoso

istmo que ocupaba lugar próximo al que hoy llamamos Estrecho de Gibraltar, y los mares Mediterráneo y Atlántico se comunicaban entre sí por dos estrechos o canales marítimos llamados *Bético del Norte*, el que, comenzando en las costas de Murcia, corría en parte a lo largo de las que hoy son cuencas del Segura y del Guadalquivir, estrecho que debió desaparecer a fines de aquella Era; y debemos llamar *Sur Rifeño*, según Martín Peinador, al que se extendía por las cuencas actuales del Sebú inferior y las del Uargha, Annauen y bajo Muluya.

Por la acción de las inmensas fuerzas internas de nuestro planeta, se formó en la Era Terciaria el sistema orográfico o montañoso que hoy conocemos, y con él surgieron los Alpes europeos, que, al llegar al Africa, constituyeron los grandes macizos del Atlas africano y las cordilleras del Rif y de Yebala, unidas a nuestra cordillera Penibética por el istmo de Hércules, cuyo caparazón rocoso, al hundirse más tarde por una convulsión subterránea, concluyó de cerrar los antiguos estrechos y formó el canal marítimo que al presente denominamos *Estrecho de Gibraltar*; pero esto no alteró el sistema geológico de ambos territorios, y de aquí que brote espontáneamente, sobre todo en nuestro litoral del Mediterráneo, la flora del otro lado del Estrecho, sea idéntica la meteorología en ambas regiones, se produzcan los frutos en las mismas épocas y padezcan de las mismas plagas.

De lo dicho resulta que aquel territorio—en una u otra forma—estuvo y sigue estando dividido en dos zonas: la Norte, netamente europea, y la zona Sur, que es esencialmente africana a partir del Atlas marroquí, íntimamente relacionado con el Sahara. Por lo tanto, se debiera dar a cada territorio el nombre que le corresponde, según la zona que ocupa, y decir que el Africa real y efectiva comienza desde la vertiente Sur del Atlas marroquí, esto es, desde donde comienza el Sahara.

En cuanto al Estrecho de Gibraltar, hay que tener presente que las aguas de ese canal marítimo, lejos de separarnos, son las que nos unen a la costa de enfrente. Sus aguas, como todas las de los mares, de los ríos y de las cascadas, nos hablan de la incesante renovación de la vida de los siglos; vida que varía de forma, pero que sigue estable en el fondo, a semejanza del agua que en diversas transformaciones muge en el torrente, brama entre las piedras, se deshace en espumas, y es, no obstante, el agua misma que aparece más tarde en el lago tranquila y transparente.

En la Naturaleza todo cambia, todo se invierte, todo varía, y, sin embargo, todo es permanente, porque no hace más que mudar de forma. Los carbones de las entrañas de la tierra, hoy base de la riqueza humana, de la civilización y del progreso, no son otra cosa que los exuberantes bosques milenarios que, calcinados por las erupciones volcánicas, fueron a

parar bajo las capas terrestres; riquezas inexploradas. entonces y que hoy el trabajo humano nos las devuelve para trocarlas en fuerza, en vida, en calor y en luz.

II

Razas primitivas.—Fundación de Tánger.—Invasión romana.—La Mauritania.—Fundación de Melilla.—Las Hispanias.—Formación de Europa.—Invasión visigoda. Primeras leyes contra los judíos.—Invasión sarracena. Batallas de Guadalete, de Covadonga y comienzo de la Reconquista.

Muchos siglos antes de la Era cristiana poblaron nuestra Península los iberos, hombres de raza morena, acaso, y sin acaso, los mismos bereberes del Norte de Africa. La semejanza entre el vascuence y un dialecto bereber, lo demuestran. Más tardè, quince siglos antes de Jesucristo, una raza rubia de ojos azules, la celta, viniendo del Norte y del Oriente, nos invadió a su vez y formó con los iberos el pueblo mixto que se llamó Celtíbero.

Vivían aquellas gentes sin formar nación, divididas en multitud de tribus. Cruzaron el Estrecho y se establecieron en ambas regiones, como puede comprarse en uno y otro continente con multitud de monumentos celtas y por la existencia en ambos territorios de una raza rubia, de ojos azules, que tiene rasgos idénticos, según afirman los frenólogos.

Casi al mismo tiempo que los celtas, llegaron a

nuestras costas los fenicios, que crearon, entre multitud de colonias, Cádiz, Málaga, Sevilla y Córdoba. Pasaron el Estrecho, fundaron *Tingis*—hoy Tánger—, y quién sabe si al dar a nuestro territorio el nombre de *Span*, que significa apartado, lo hicieron, no sólo por ser el lugar más remoto de los entonces conocidos, si que también porque la irrupción de las aguas del Estrecho lo habían apartado del continente africano. De *Span* formaron los romanos el nombre de *Hispania*, hoy España.

Siguieron a los fenicios, los griegos, los cartagineses y, tras ellos y con ellos en lucha, los romanos, que al invadir nuestra Península, y cual si fuera parte de ella, también invadieron el Norte de Africa, al que llamaron *Mauritania*, siendo los fundadores de Melilla, a la que dieron el nombre de *Rusadir*.

No obstante la desunión de los celtíberos por su estructura de origen, Roma vió—en su titánica lucha para apoderarse de la Península—desaparecer en ella la flor de sus ejércitos y fracasar sus mejores generales. En los seiscientos catorce años de su dominación no consiguió unificarla, y hubo de dividirla y subdividirla en regiones, colonias y ciudades con diversas categorías y condiciones políticas.

El emperador Oton unió a nuestra Bética la parte Norte de Africa con el nombre de *Hispania Tingitana*, y los de origen español Adriano y Teodosio la dividieron en siete *Hispanias* con distintos apelativos,

proviniedo de aquí el origen de que nuestros monarcas se titulasen *Reyes de las Españas*.

Tal fué la forma en que nuestra Patria llegó a ser provincia romana, sin que se lograra vencer por completo sus instintos de independencia ni se pueda decir en absoluto que somos de pura raza latina.

España dió a Roma emperadores, estadistas, generales, oradores, filósofos, historiadores y poetas, que fueron orgullo de la que era entonces la dueña del mundo.

Llegado el decaimiento del Imperio romano, comenzó a constituirse Europa en forma muy semejante a la actual, tomando España carta de naturaleza como nación independiente.

Sobrevino la invasión visigoda, y fué Leovigildo el primer rey que usó cetro y corona y que hizo de Toledo (1) la capital de Hispania. Recaredo abjuró el arrianismo para lograr la fusión de su raza con el pueblo Hispano, y, siguiendo el ejemplo de Europa que expulsaba a los judíos para ampararse de sus riquezas, dictó contra ellos las primeras leyes que, extremadas por Sisebuto, Recesvinto y Eciya, fueron causa de futuros males.

Rebelados los nobles contra Witiza, proclamaron rey a Rodrigo, y sucedió que mientras se hallaba en

} influencia
arriana

(1) En hebreo, *Toledot*, que significa *Ciudad de generaciones*, atribuyéndose los judíos su construcción.

Navarra sometiendo a los vascos, del otro lado del Estrecho desembarcaron en las inmediaciones de Algeciras 15.000 berberiscos a las órdenes de Tarik-ben-Zoyán, de origen hebreo, quien inició con tal rapidez la conquista de la Península, que ni tiempo dió para aprestarse a la defensa. Acudió Rodrigo con su ejército, y empeñada la batalla entre el Guadalete y el lago Janda, los descontentos, que formaban las dos terceras partes de aquél, se pasaron al enemigo en pleno combate. Tal suceso, al producir la derrota, dió moralmente por terminada la época visigoda, a los trescientos dos años de su existencia.

La facilidad con que bereberes y árabes lograron instalarse en casi toda la nación, se explica por la antipatía de ésta hacia el régimen visigodo y por el acierto de aquéllos de respetar las creencias religiosas y abstenerse de toda violencia o atropello, lo que dió lugar a que morasen los cristianos en la parte por ellos dominada con el nombre de *Muzárabes*, y con el de *Mudéjares* los mahometanos.

En tanto, vivían en Asturias con los celto-romanos muchos de los vencidos del Guadalete que, unidos ante el peligro común, eligieron por jefe a Pelayo, noble montañés, rubio, de origen celta. Apercebidos de ello los invasores, enviaron con fuerte ejército a uno de sus generales, quien fiado en lo numerosas de sus huestes, aceptó la célebre batalla de Covadonga, donde fué derrotado, hasta el extremo de ser muy

pocos los que escaparon con vida. Los vencedores aclamaron rey a Pelayo sobre el campo de batalla, siendo el primero de la estirpe asturiana.

Así comenzó la Reconquista.

La derrota del Guadalete y el triunfo de Covadonga señalaron en la Historia el fin de una civilización decayente y el comienzo de otra grande y esplendorosa.

El pertinaz batallar de los cristianos, que en poco más de siglo y medio reconquistaron una gran parte del territorio, y las guerras civiles en Africa y en la Península entre árabes, sirios y berberiscos, desgarró de tal suerte la nación musulmana, que habría llegado a desaparecer de no surgir Abderramán III, el hombre de más clara inteligencia de la España árabe. En sus tiempos, en los de Alhaquen I, su hijo, y aún de Hixem, su nieto, llegó a su mayor apogeo la civilización musulmana, volviendo a quedar reducidos los cristianos casi a la misma situación en que se hallaban al principio de la Reconquista. Pero a partir del año 1002 se reanudaron las luchas entre árabes y berberiscos, hasta que, destronado el último jalifa, se proclamaron independientes las principales ciudades. Se perdió el Africa y los cristianos se hicieron dueños de las dos terceras partes de la Península.

III

La civilización íbera y la importada de Oriente.—Santa Fe.—La toma de Granada.

Terminado este recuerdo histórico—preciso para nuestro propósito—, procede dar a conocer el estado de cultura de los españoles al llegar la invasión sarracena y la que ésta aportó durante su permanencia.

La raza íbera, inteligente y pronta a apropiarse todo lo bueno, había aprendido de los fenicios el arte de navegar, el comercio, la industria, el modo de utilizar los metales y los frutos de la tierra, la salazón de los pescados, la extracción del aceite, la escritura y la aritmética. De los griegos, sus artes, su idioma, su religión y sus costumbres. De los romanos, su especial civilización; su lengua, origen de la nuestra; su arquitectura, de la cual conservamos portentosos monumentos; sus leyes, de las que quedan restos; el modo de fabricar armas, siendo ya célebres las de Toledo; la confección de lienzo, velos y tejidos en que descollaban Asturias, Cartagena, Játiva y Tarragona; la renombrada cerámica de Sagunto; la agricultura, tan difundida, que llegó a llamarse España el granero de Roma; los actuales Municipios, el Derecho

y el Cristianismo. De los visigodos, el *Fuero Juzgo*, Código que comprendía el Derecho político, civil, eclesiástico y penal, que, atendiendo a las necesidades de su época, era muy superior a todo lo hecho, adelantado a España en más de dos siglos al resto de Europa.

Tal era el estado de cultura de los españoles cuando al invadir nuestro territorio los musulmanes nos importaron la civilización de Oriente. En nuestra Península se fusionó con la de Occidente, tomó cuerpo y vida nueva, y, por mediación de España, se divulgó por toda Europa. Ellos nos trajeron de Persia la fabricación de tapices y tejidos; de China, el gusano de seda, que dió origen a nuestras fábricas de Granada y Sevilla; de Oriente, la caña de azúcar, que nosotros llevamos a Puerto Rico y Cuba; de Palestina, la fabricación del papel; de las márgenes del Nilo, del Tigris, del Eufrates y de las gargantas del Atlas, los canales, las acequias, los pantanos y las norias, que fueron base para que el esfuerzo humano hiciera surgir sobre la inútil estepa, la vega de Zaragoza; sobre estériles arenales, la maravillosa huerta valenciana, y, como por arte de magia, los bancales de Alicante, los bosques de palmeras de Elche, el pensil murciano y los Cármenes de Granada. Ellos nos trajeron el arroz, el naranjo, el limonero, el granado, el algarrobo, el almendro, el membrillero, el níspero, el plátano y las chumberas, fuentes hoy de riqueza de muchas de

nuestraspreciadasprovinciasdelMediodía. Ellosnos perfeccionaron en la fabricación de los cueros de Córdoba, de la bonetería de Toledo, de los paños de Baeza y Murcia, de la moneda, del cristal, de la loza, de los azulejos de reflejos metálicos, y al compenetrarse con la nuestra su genial incomparable arquitectura, surgió la mudéjar, que nos distingue en el mundo. Ellos, y con ellos los hebreos, llevaron nuestro comercio a la costa septentrional del Africa y al Bajo Imperio, exportando azúcar, aceite, seda, azufre, antimonio, armas y guarniciones militares a cambio de los frutos de Oriente que aquí no se pudieron implantar. Bajo su dominio alcanzaron fama por sus industrias Murcia, Sevilla, Almería, Córdoba, Málaga, Toledo y Játiva, y fueron nuestros puertos de mayor comercio los de Almería, Málaga, Cádiz y Sevilla. Tomada de los griegos, nos importaron la geometría de posición, que es hoy la universal, y de éstos, de los egipcios, indios y chinos, las nociones de química, que aquí se convirtió en ciencia. La botánica, mejor dicho, su implantación, se debió al musulmán español Aben Beitar, y el primer jardín botánico del continente se fundó en Córdoba. Ellos nos trajeron la medicina y la farmacia, hasta entonces desconocidas en Europa; aquí se crearon sus primeras escuelas fundamentales; discípulos de ellas fueron los que implantaron la famosa de Montpellier, y aquí, de nuestras escuelas, surgió la figura más grande de la Medicina en el

siglo XIII, el médico español Arnaldo de Villanueva. En ciencias, artes y en las diferentes ramas que abarca la Literatura, sobre todo en Historia y Geografía, los jalifas de España se propusieron superar a sus enemigos de Oriente. Cuantos libros se escribían en Siria, Persia y Alejandría, eran traídos a la biblioteca de Córdoba, que llegó a reunir—en aquellos tiempos en que aún no se conocía la imprenta—la fabulosa cifra de 400.000 volúmenes. La densidad de población suele ser la norma de su riqueza, y Córdoba llegó a tener un millón de habitantes.

Como preciadas joyas de su brillante arquitectura, España conserva fortalezas, torres, puertas, templos, centenares de monumentos, y entre ellos el Alcázar y la Giralda de Sevilla, la Alcazaba de Málaga, la Aljafería de Zaragoza, Santa María la Blanca y la Puerta del Sol de Toledo, la Mezquita de Córdoba, el Generalife y la incomparable Alhambra de Granada. Ella es el único ejemplar existente en el mundo que, a través de las edades, conserva aún todos los esplendores del arte musulmán. Han desaparecido cuantos palacios construyeron los árabes en Egipto, en Asia y en el Norte de Africa, como desaparecieron en Italia El Kaszr, Jalesa, Ab-Azziza y Almanzuriya, que en Sicilia construyeron los musulmanes y fueron orgullo de Palermo. De todos ellos sólo queda lo que cuentan los libros, mientras la Alhambra, construida con frágiles materiales, hace siete siglos y medio que

existe, por ese cariño, por ese sentimiento del Arte que, como dice Pí y Margall, han sentido para honra de España todos los reyes, todos los Gobiernos y todos los españoles. Nuestra Patria es digna de la gratitud universal por haber sabido sostener y conservar, entre otras joyas, ese tesoro artístico, único en su clase.

Negar lo mucho y bueno que hicieron los musulmanes, sería negar la verdad; pero, sin quitarles méritos, hay que tener presente que permanecieron ocho siglos entre nosotros y que si realizaron tanto y tan bueno, fué porque hallaron aquí elementos, ambiente apropiado y, sobre todo, una raza tan inteligente que no hay idea que no se apropie, realice y mejore. Que esto es verdad, queda demostrado con sólo fijar la atención en que ni antes, ni mucho menos después, realizaron los árabes en conjunto en su país, ni en otro alguno, lo que hicieron aquí.

IV

Término de la Reconquista.

Volviendo a nuestro relato histórico, diremos que durante la invasión sarracena Córdoba, Marruecos, Sevilla y Fez fueron las capitales en que alternativamente residió el Gobierno Supremo, común a marroquíes y españoles de una y otra orilla del Estrecho, y fué tal la compenetración a que llegaron estas dos ramas hermanas ante la Historia, que hubo necesidad de traducir el Corán al castellano y la Biblia al árabe para que rezaran en sus mezquitas y en sus iglesias, porque los de una y otra religión, al nacer en uno u otro lado, habían llegado a olvidar su primitiva lengua. Y tanto es así, que el idioma español aún conserva más de mil ochocientas palabras árabes y ellos un sinnúmero de palabras españolas.

Pero todo llega y todo pasa, y pasó la época de su brillante apogeo. Las eternas discordias mermaron día tras día su poderío, hasta el extremo de que reducidos al reino de Granada, derrotado Boabdil y hecho prisionero por los reyes Fernando e Isabel en los campos de Lucena, le pusieron en libertad a con-

dición de que, si lograban tomarle las principales ciudades de su reino, les había de entregar Granada.

En años sucesivos logró D. Fernando conquistar Loja y Vélez-Málaga, y tras formidable sitio, Málaga y Baeza. Cercó a Granada, postrer baluarte de la media luna, y un voraz incendio redujo a cenizas el campamento cristiano que, con pasmosa actividad, fué reconstruido con casas de piedra en vez de tiendas de lona, y así surgió el pueblo que se llama desde entonces *Santa Fe*.

El 2 de Enero de 1492 entregó Boabdil Granada a los reyes Fernando e Isabel, previa promesa de éstos de respetar la religión, leyes y costumbres de los vencidos, y seguido de los suyos, fué a tomar posesión del territorio que se le dió en la Alpujarra, cuya soberanía permutó por dinero al siguiente año, pasando a Marruecos, donde murió en un combate.

Así terminó la Reconquista.

V

Origen de la Inquisición.—Los Reyes Católicos.—El Cardenal Cisneros.—Luchas con los marroquíes y guerra de 1860.

Después del triunfo del Cristianismo, una ola de exaltación religiosa había invadido a Europa. Los Concilios, los Papas y los obispos dictaron severísimas penas espirituales contra las herejías, siendo a la par perseguidos los judíos, que fueron por siete veces expulsados de Francia. Inglaterra y los Países Bajos los trataron de una manera cruel; Portugal hasta les prohibió que se llevaran a sus hijos menores de catorce años, y en Italia los patronos de los barcos los solían asesinar para robarlos, haciendo granjería de sus mujeres.

Sucedió también que como los representantes del Evangelio no debían derramar sangre ni matar a sus semejantes, los Papas, con el apoyo de algunos príncipes, dispusieron que los herejes fuesen entregados al Poder civil, único que podía imponer castigos corporales, y mediante la ficción de considerar delitos contra el Estado los delitos contra la fe, se aplicó el tormento y se quemó a centenares de seres humanos,

con grave mengua de la religión cristiana. Tal fué el origen del Tribunal que se llamó de la Inquisición o Santo Oficio, el cual se estableció en Roma, pasó a Francia y de ésta a Aragón, e impulsados los reyes D. Fernando y D.^a Isabel por el bajo clero y la plebe, implantaron—para realizar la unidad religiosa—la Inquisición en Castilla y decretaron la salida de los judíos del Reino en el término de cuatro meses, a excepción de los que abrazaran el Cristianismo, tomando análogas medidas para los mudéjares, con lo que la inmensa mayoría de unos y otros se expatrió, siendo los menos los que, sin fe y sin convicción, recibieron el bautismo.

Estos hechos valieron a Fernando e Isabel el título de *Reyes Católicos* que les dió el Papa.

Con la expulsión de los hebreos y los moriscos decayeron la cultura y la riqueza nacional. La resolución de los Reyes Católicos fué desleal, desacertada y cruel; mas no fueron ellos, fué su tiempo quien lo hizo. Y la prueba está en que cosas mucho peores se realizaron en el resto del continente. Se habla mucho de la Inquisición, pero muy poco—permítase la frase—de las bestialidades cometidas por los hugonotes, católicos, luteranos y demás de Europa. Malo, muy malo es quemar vivo a un sér racional; pero es mucho peor hacerlo *Cardenal*, como hacían en Francia los hugonotes a los católicos; esto es, levantarles el pellejo de la cabeza y dejarles con su birrete púrpura

de carne viva, adonde acudían las moscas y otros insectos, hasta que el paciente moría entre horribles dolores y calenturas. La leyenda negra de España es una de tantas falsedades. El germen de cuanto malo hicimos, vino siempre de fuera.

Volviendo a nuestro relato, la obra de la Reconquista quedó incompleta, porque no se realizó a continuación lo que constituye el primer deber de España en el mundo: la reconquista del Africa septentrional, indispensable para la seguridad de entonces, del presente y del mañana. Verdad es que el descubrimiento de América atrajo de tal modo la atención de todos, que disculpa en parte tamaño error.

Comprendiéndolo así, el Cardenal Cisneros envió en tiempos de su Regencia un fuerte ejército que reconquistó a Melilla, tomó a Orán, Argel, Túnez, Tremecén, Mazalquivir y el Peñón de la Gomera, sin que desde entonces haya transcurrido un solo siglo en que España no regase con su sangre el suelo marroquí, logrando con la gloriosa guerra de 1860 abrir las puertas de aquel Imperio en favor de todas las naciones de Europa, dándose el triste caso de que las más favorecidas sean hoy las que nos regatean la posesión de Tánger.

VI

Nuestra misión en Marruecos.—Lamentable estado de los marroquíes.—Importancia del idioma español.—Intereses mercantiles.—Los hebreos.

De todo lo expuesto resulta que, si bien distintos en cultura y creencias, peninsulares y marroquíes somos dos ramas de un mismo tronco. Nosotros, la que a impulsos de la civilización florece y progresa ante la generadora luz del Mediodía; ellos, la que bajo la pesadumbre aisladora de un absolutismo enervante vegeta, débil y retrasada, en el occidente africano. Ellos nos trajeron un día la civilización del Oriente, que, incorporada a la nuestra, fué a desbordarse por toda Europa. Pero en el constante contrabalanceo de la Historia, los hechos se repiten, y ahora que a nuestra vez los hemos invadido, cumple a nuestro decoro y responde a nuestra hidalguía hacer lo que estamos haciendo: sacar a ese país del estado primitivo en que se encuentra y convertirlo en próspero y civilizado por la magia creadora de nuestra raza. Hay que decirlo muy alto: España fué la primera nación colonizadora del mundo, y por su historia, por sus aptitudes,

por su vocación, no hay otra capacitada para serlo hoy en las fronterizas costas africanas.

Marruecos tiene en el mayor abandono la cultura de su pueblo y la extraordinaria riqueza de sus campos, en que se producen cereales, hortalizas, frutas, legumbres de exquisita calidad, vides y almendros. Su ganadería puede llegar a ser inmensa y grandes los productos de sus bosques de cedros, álamos, encinas, robles, alcornoques, nogales, pinos y olivos, siendo incalculable el número de sus minas de cobre, plomo, hierro, cinc, manganeso, cinabrio, alumbre, sal gema y hasta de plata y oro. Además, su arqueología guarda numerosas joyas de inestimable valor.

Pues bien, en medio de esa riqueza inexplorada vive hace más de cuatro siglos una población ignorante, pobre y miserable, con detestables viviendas, sin escuelas, sin buenas mezquitas, sin bibliotecas, sin médicos y sin caminos. España, que fué la civilizadora de un nuevo mundo y la generadora de florecientes naciones, sabrá hacer de ese Marruecos un pueblo rico, culto, tolerante y floreciente, y si es preciso trocará en hermosa realidad el mitológico jardín de las Hespérides.

Pueblan el territorio mogrebino berberiscos, moros, judíos y negros, de los que el cuarenta por ciento pertenecen a la raza bereber, que es la que habita la región montañosa de la zona de nuestro Protectorado.

En tales condiciones, España debe considerar a las

cábilas que con nosotros combaten, no como a un enemigo y sí como a un enfermo a quien hay que preparar convenientemente antes de la operación quirúrgica. Ellos son el paciente; nosotros, el operador. El momento del encuentro, de la lucha, de la batalla, es la operación cruenta, terminada la cual hay que acudir inmediatamente a cicatrizar las heridas para que termine la cura en un fraternal abrazo entre el operado y el operador.

España en Marruecos no es una extranjera, no; España en el Norte de Africa camina por tierra propia en busca de mayor extensión a sus dominios.

Nos importa mucho conocer bien a Marruecos, y el mejor medio de conocer un pueblo es empezar por estudiar su idioma. Si nuestros soldados supieran árabe, tendríamos mucho adelantado.

Hoy se estudia el español en todas las principales naciones, porque España, considerada mercantilmente, es un factor importantísimo en el mercado internacional y porque el conocimiento de nuestro idioma es la gran palanca para explotar, en perjuicio nuestro, el comercio de la América española y el de Marruecos.

Nuestro Protectorado—andando el tiempo—debe rendir grandes beneficios al Estado español y no ser una ruina. Claro que hay que sembrar para recoger; pero no para que otros recojan en perjuicio de la Patria y sí para que el Gobierno lo recaude en provecho

de ésta. Hay que vivir del presente, pero con miras al porvenir.

Es de urgente necesidad dar en nuestra zona de influencia un gran impulso a todos los gérmenes de vida, porque cada tienda que se abre, cada industria que se plantea, es una posición, es un baluarte que se toma y que, lejos de costar sangre y dinero, crea lazos de amistad y rendimientos al Erario. Para ello hay que considerar los puertos de la Península y los de nuestro Protectorado como puertos de cabotaje para todo lo nuestro que de aquí vaya y para todo lo de ellos que de allí venga, suprimiendo los derechos de Aduana. Con eso y con las primas de exportación para lo que llevemos, nuestro comercio adquirirá inmensas proporciones y se pondrá fin al desprestigio que produce el que, teniéndolos nosotros a catorce millas de distancia, figuremos en segunda línea entre los importadores por superarnos otras naciones en cantidad y en economía. España tiene condiciones para ocupar un puesto prestigioso en el comercio universal, y hay que hacer que se nos cotice en lo mucho que valemos.

Hoy el sesenta por ciento del tráfico marroquí está en manos de los hebreos. A ellos se debe su principal incremento. La honradez, la laboriosidad y el instinto comercial son su característica, teniendo por costumbre dividir su capital en tres partes: una para la adquisición de propiedades, otra para comerciar y la res-

tante como capital disponible. Jamás emplean todo su dinero en un solo asunto.

La inmensa mayoría de los españoles desconoce lo que son los hebreos; sólo recuerdan, por tradición, que fueron los judíos actores en el drama del Calvario. Pero ni los hebreos de hoy son aquéllos ni nosotros somos los españoles de la Inquisición.

Hay que no olvidar que Jesús era hijo de padres judíos; que el Antiguo Testamento y los Mandamientos de la ley de Dios, base del Cristianismo y de la moral universal, son judíos, y que tan obligados están ellos a cumplirlos como los cristianos.

Los hebreos se hallan divididos en dos ramas. La primera la forman los *sefarditas*, procedentes de *Sefarad*, nombre con que en lengua hebrea se designa la Península Ibérica, y la segunda los *asquenasin*, descendientes de los eslavos.

Los *sefarditas* ostentan con orgullo su origen español y son, por decirlo así, la aristocracia de la raza. Los de Tánger, Tetuán, Arcila, Larache, Alcazarquivir, Mazagán, Xexauen y de las ciudades del litoral Atlántico, hablan como lengua propia el español anticuado; es el idioma de la familia y con el que se entienden con todos los hebreos de origen ibérico, de esos españoles sin Patria, de los distintos países del mundo, que transmiten con prolijo cuidado nuestro idioma a sus descendientes, que conservan incólume su cariño a España, la Patria de sus antepasados; que

lloran en sus desventuras, que gozan con sus triunfos y que sienten por ella el amor inquebrantable de los hijos por su madre.

Hay que decirlo muy claro: el Estado español es hoy, por sus leyes, uno de los más libres y tolerantes del mundo. Esta libertad, esta tolerancia religiosa y el talento de nuestro Rey, nos permite contar en Marruecos con el patriótico auxilio de las asociaciones de los *sefarditas*, que se han impuesto el deber de propagar el idioma castellano, el fomento de las relaciones comerciales, científicas, industriales, literarias y del amor a la Patria común en nuestra zona marroquí.

(1) falso.

VII

Los rifeños.—La hermosa obra de España.—En pro del Ejército.—Nuestros derechos.—Tánger.

Si bien las estadísticas sólo se han implantado en las poblaciones ya sometidas a nuestro Protectorado, puede calcularse en más de un millón los indígenas que corresponden a nuestra zona, de los cuales 540.000 habitan en el Rif, o sea en la antigua provincia Tingitana, cuyas únicas poblaciones son españolas y se titulan Melilla, Alhucemas y el Peñón. De la cifra expresada, 320.000 viven en las montañas y se dividen en diversas cábilas o tribus que se fraccionan en multitud de grupos, y se puede calcular que del total, 76.000 están armados con excelentes rifles y gumías, son formidables luchadores y más astutos y bravos que sus hermanos los yebalas. En general, carecen de instrucción, saben el Corán de memoria, pero no se dan cuenta de sus máximas.

Los moros son hombres fuertes, recios, frugales, bravos y vivos. Aman su independencia, cosa lógica si se tiene en cuenta que el Rif pocas veces estuvo sometido a poder alguno.

El rifeño es valiente y en la lucha llega a la temeri-

dad, impulsado más que por su fanatismo religioso por el botín, por el afán de lucro. Perseverante en la venganza, premedita con crueldad sus ataques y se ensaña con el vencido, lo cual no impide que rinda culto a la gallardía y al valor. Es fatalista y acata los hechos consumados como voluntad de Dios. Avaro y egoísta, halla buenos todos los medios que le lleven a lograr su propósito. Es falso, porque con el transcurso de los siglos perdió la nobleza que adquirió en España. Indolente y haragán, considera el trabajo como un estigma, dejando al tiempo la resolución de todo lo difícil, y es receloso porque en los pueblos incultos y sujetos a un régimen despótico impera siempre el soborno, el engaño y el crimen, considerando la benevolencia como un signo de debilidad.

Hoy, en la infancia de su civilización y de su cultura, escucha a todos y de todos duda, sin perjuicio de utilizar y admirar la manera rápida con que España—en menos tiempo que Francia—ha construído muchos cientos de kilómetros de carreteras, caminos estratégicos, pistas y ferrocarriles, que no son más que el comienzo de la red que ha de transformar el país. Los faros erigidos en las costas; la apertura de nuevos puertos; el importante acrecentamiento de nuestras Compañías mineras; la instalación de diversas industrias y de las fábricas de luz eléctrica; las redes telegráficas y telefónicas; la telegrafía sin hilos; el establecimiento de los Tribunales de Justicia; los servicios

de Correos, del Giro postal y Bancos de ahorro; el saneamiento y suministro de aguas; las granjas agrícolas; el impulso de la agricultura; la instalación de centros veterinarios, de hospitales y dispensarios, a los que acuden los moros con verdadera veneración; la instrucción pública, difundida con tal diligencia que ya existen cientos de escuelas para indígenas y españoles; el restablecimiento de la Universidad Mahometana de Tetuán; la constante inmigración española, que se eleva a cerca de 200.000 compatriotas; el asombroso crecimiento y transformación de Melilla, todo esto y mucho más, al utilizarlo los naturales del país, nos los atrae y honra al Protectorado español, y sobre todo y en primer término a nuestro admirable Ejército, digno heredero de las glorias de sus héroes en las pasadas centurias.

Como se ve, nuestro Protectorado es ya un hecho efectivo, y nuestra presencia en Marruecos no representa sólo el esfuerzo militar, no; nuestro Ejército tiene a la vez y lleva tras sí una misión moral, política, civilizadora, mercantil y diplomática, base precisa para la españolización del Imperio marroquí.

El Cardenal Cisneros dijo que España se veía en el dilema de «imperar en Marruecos o mendigar ante los pueblos de Europa», y, desgraciadamente, tenía razón. El que sea dueño de la costa de enfrente, será el centinela amenazador de nuestra casa.

La guerra que sostenemos en Marruecos es dura,

llena de peligros; pero, por suerte, la lleva admirablemente nuestro Ejército, y esto no lo decimos nosotros, lo dice la crítica extranjera. *recuerdo - Julio 1921.*

La paz es la consecuencia final de toda guerra; pero los superhombres extranjeros han estado tan poco afortunados en la reciente, que hay que vivir prevenidos, porque ya se vislumbran otras guerras peores.

Es doloroso decirlo, pero tenemos que hacer un esfuerzo y, siguiendo el ejemplo de diversas Potencias, aumentar el presupuesto de Guerra para dotar holgadamente a nuestro Ejército de cuantos elementos pueda tener el más perfecto. Hoy sólo pesan en la balanza internacional las naciones que tienen soldados en condiciones de combatir en todo acto y momento. Hay que rendirse a la evidencia; cuanto se haga en pro de nuestro Ejército, se hará en bien de la Patria.

Nosotros ni podemos ni debemos abandonar Marruecos, porque es una prolongación de nuestro territorio, y mucho menos prescindir de Tánger, a quien la Historia, la Geografía, la raza y la razón nos adjudican con legítimo derecho. En Tánger todo es español: el Instituto Microbiológico, las magníficas Escuelas de Alfonso XIII, las Escuelas Hispano-Arabes, el idioma, los sentimientos, la moneda, la prensa, el teatro, la Cocina Económica, la Gota de Leche, diversas instituciones culturales y hasta los nombres de las

calles; tanto, que parece una ciudad andaluza en territorio africano.

España no puede tolerar que Tánger continúe en la forma que hoy está constituido, porque resulta un foco de conspiración, de rebeldía y de contrabando para nuestro Protectorado, y mucho menos consentir que quede fuera de nuestro dominio, porque tenemos en él 14.000 españoles que no podemos abandonar; porque desde él ha de partir el camino de América, y, sobre todo, porque equivaldría a tolerar un segundo Gibraltar en la otra embocadura del Estrecho.

Tánger, que por ser la clave de ese canal marítimo sería en poder de cualquier nación un factor importantísimo y un peligro para todos, incluso para Inglaterra, es para España cuestión de vida o muerte. Conste, pues, que España lo necesita, así como la plena posesión de entrambas costas, para la seguridad de su propio territorio y para garantía de todas las naciones en la neutralidad del Estrecho.

Si en vez de la ley de la mayor o menor fuerza material fuera la ley del derecho y la razón la que imperara en las querellas diplomáticas, Tánger sería español desde hace muchos años.

Hay que despertar al pueblo; hay que hacerle comprender la importancia inmensa que para España tiene la absoluta posesión del territorio marroquí; hay que abandonar nuestra indolencia internacional y hay que actuar constante y enérgicamente, porque a pasos ace-

lerados llegan los momentos decisivos y urge defender lo que se nos concedió en las cláusulas secretas del Acuerdo franco-inglés de 1904, esto es, todo el Norte de Africa desde el Muluya al Sebú, y puesto que nos pertenece, hay que nacionalizarlo y reconstituir de una vez para siempre la España Tingitana, denominando Mediterráneo español el que, al bañar sus márgenes, baña también las de la Metrópoli.

La insana debilidad de nuestros Gobiernos es causa de que Francia, mientras demora sin límites la redacción de los Estatutos que deben posesionarnos de Tánger, cree en él contingentes militares y realice actos para los cuales carece de derecho.

España no puede consentir que otra nación—cuanto más poderosa peor—ocupe un punto cualquiera frente a nuestras costas del Estrecho. Eso sería cuestión de honra nacional, y el mundo entero sabe que España, en cuestiones de honra, jamás regateó ni sangre ni sacrificios.

No olviden los que sueñan con atenazarnos por el Norte y por el Sur para convertirnos en patio de su propia casa, que la más fuerte tenaza se corta con un sencillo alambre, y que los patios, al surgir un incendio, se convierten en volcanes que destruyen y aniquilan cuanto los rodea. No existe interés alguno que pueda anteponerse al interés de España en la costa rifeña. En diversos tratados se nos otorga el Protectorado de todo el Norte de Marruecos, y Tánger está

enclavado dentro de esa zona. Hay, pues, que incluirlo de hecho en el Protectorado español, sin alianzas ni compromisos, puesto que nada se nos da al tomar lo que es nuestro ni procede pago alguno por acatar lo pactado.

España, por lo que es, por su posición geográfica y por el indomable espíritu de sus veinticinco millones de habitantes, puede ser en todo momento una incomparable amiga, y, por mutua y garantizada conveniencia, la más hermosa ruta entre Europa, Africa y América. Pero también puede ser infranqueable barrera si con menosprecio de sus legítimos derechos no se la considera en cuanto vale y se merece.

Lo heroico de nuestra raza, su hidalguía, su genio prepotente y nuestro incomparable idioma, fueron nuestra gloria de ayer y han de ser nuestra gloria del mañana.

En una u otra forma, España va a resurgir. ¡Saludemos a la aurora del futuro!

Precio: DOS pesetas